

18 de enero de 2007

Compota de manzana

Igor Aiestaran



Estoy en un diminuto apartamento al oeste de París, en una zona conocida como La Défense. He desayunado con Bruno antes de irse al trabajo, y luego he vuelto a la cama. Ya llevo un rato despierto. El ruido del viento me ha despertado. Son más de las doce en el momento en el que abro las cortinas, y me encuentro un panorama gris con interminables nubes que se mueven muy rápidamente.

Pequeñas gotas de lluvia comienzan a aparecer en los cristales. Si me fijo en las ventanas oscuras de los edificios gubernamentales que tengo enfrente, veo una cortina de lluvia que va pasando de oeste a este. Inmediatamente me doy cuenta de lo bien que estoy bajo techo. A medida que termino mi compota de manzana, me doy cuenta de que no se me ocurre ningún lugar a dónde ir. Qué raro, ya que siempre tengo más lugares en la cabeza que los que puedo llegar a visitar. Pero eso es cuando el tiempo no es tan hostil. Con esta imagen en mi ventana, no estoy de humor. Sin embargo, sigo mirando por ella a medida que el viento se vuelve más agresivo. Oigo un golpe de algo metálico. Me pregunto qué pasará con todas esas luces navideñas que cubren toda la ciudad. No es que me importe, pero pienso en toda esa gente que ha estado trabajando tan duro para poder montar semejantes mamotretos. Hay pocas cosas tan tristes como el trabajo hecho en vano.

Casi puedo oír el suspirar de las ramas de los árboles, podados hace un par de semanas. Las pocas hojas que han sobrevivido al nuevo peinado vuelan libremente. Yo también estoy aliviado, ahora que recuerdo que miles de pájaros habitaban esos árboles. Cada vez que entraba o salía, temía que me dieran algún regalito que no estaba esperando. Ni siquiera se notaba el color ni la consistencia original de la acera. Lo que sí echo en falta es su algarabía, me gustaba ver las piruetas que hacían en el aire, formando todo tipo de figuras, dando vueltas y vueltas. Hoy no estarían a gusto. Su ruidoso concierto se volvería cacofónico con este viento.

Una joven madre vuelve del supermercado con su bebé. Se ve obligada a andar hacia atrás, ya que de lo contrario el viento se llevará el plástico que cubre el cochecito y a su pasajero. No la conozco y no recuerdo haberla visto. En un edificio de 16 plantas y unos 15 ascensores, es raro que conozcas a más de dos de tus vecinos, o incluso que te quedes con alguna cara.

Cuando estamos de vacaciones, solemos querer ir a muchos lugares y hacer muchas cosas. Sin embargo, a veces es bueno tomarse unos minutos y mirar por la ventana, fijarse en los detalles insignificantes con una taza de té en la mano. En casa nunca lo hago, ni siquiera las tardes lluviosas de sábado.

Un gran banco chino, multitud de edificios gubernamentales del departamento de Hauts-de-Seine, un hotel de poca monta... Ahora todo se ve distinto. Un rayito de luz se abre camino a través de las densas nubes, como queriendo hacer ver quién manda. En pocos minutos, casi no quedan nubes y el viento parece haberse parado. Mi mente empieza a llenarse de ideas sobre qué hacer hoy. Me encanta cómo cambia el tiempo en esta ciudad. Las pequeñas cosas no son divertidas cuando se pueden predecir.